

# *Abordar la historia desde la ficción literaria (o como destejer la bufanda)*

Tatiana Lobo

**E**ste trabajo es el resultado de reflexiones un poco ambulatorias, acumuladas durante mi trato íntimo, querido y familiar con documentos del pasado. Es la primera vez que las pongo en orden y las escribo. Me obliga, el tema, a dar algunas vueltas para atender a ciertas consideraciones que parecen ajenas, pero que lo afectan hasta su médula espinal. Para no extraviarme en un campo que no es precisamente de rosas, y que además cuenta con un sustento teórico amplio y respetable, he organizado este material en los siguientes capítulos:

## EL TIEMPO

El presente no existe, es una oscilación entre dos incertidumbres: el pasado y el futuro. La única certeza que tenemos es la de que el tiempo fluye, aunque nunca estamos seguros en qué dirección lo hace y hasta hay momentos en que parece no avanzar en ninguna dirección. Nuestro tiempo psicológico se modifica según los estímulos que la vida nos presenta. No lo mide igual el que espera un premio de la lotería o el que tiene un cáncer terminal. El tiempo cambia de disfraz, a veces se viste de esperanza y, casi siempre, de miedo. Es caprichoso, nos lleva y nos trae con modales de tirano. Esta dependencia hace que la humanidad se proteja de sus veleidades creando diferentes estratagemas y artificios para engañarlo. La ciencia y la tecnología trabajan arduamente para robarle velocidad, mientras los institutos de belleza se esfuerzan en disimular sus estragos. Una ceremonia vudú trasciende todas las formas de tiempo, une pasado con futuro y crea un presente absoluto que se prolonga mientras dura el estado de trance. Los chamanes lo seducen para ganarse sus simpatías. Las sociedades agrícolas, lo obedecen. Las religiones ofrecen el premio de la eternidad para atenuar la angustia que provoca su escurridizo fluir. Los psicotrópicos convierten un breve segundo en un largo viaje. Y hay también un espacio donde todos los tiempos confluyen: el arte.

En la vida cotidiana nos vemos obligados a pasar de un tiempo a otro sin advertir la tensión que esto produce y las dificultades que presenta en las relaciones sociales. El tiempo cotidiano es una secuencia de permutas imprevistas que acechan y asaltan al individuo siempre desprevenido. Y en sus diferentes etapas el ser humano cambia su noción de tiempo: para el niño el pasado no existe y el futuro es asunto de sus padres, el niño vive inmerso en un narcisismo permanente. Para el viejo el presente es la memoria del pasado, a la cual se aferra para confirmar que sigue vivo. Algunas personas escapan

a la fluidez del tiempo y se sumergen en un estado atemporal y estático, como ocurre con cierto tipo de esquizofrénicos y autistas.

Parece imposible, para la criatura humana, tener identidad cuando cada segmento de tiempo es diferente al anterior. Vivimos en una vorágine de cambios, evoluciones y transformaciones, en un juego de tiempos que se entrecruzan. Las identidades culturales no escapan a este ir y venir de alteraciones y giros inesperados.

## LA HISTORIA

La identidad cultural es la suma de experiencias colectivas, tradiciones que están sujetas a las mutaciones que produce el paso del tiempo. Es alquímica, espontánea y dinámica, constantemente evoluciona hacia nuevas formas de ser identidad. En cambio, la identidad nacional se construye como una pared siempre a punto de desplomarse sobre las espaldas de los que la sostienen. No es espontánea ni dinámica, pretende ser inmutable. Obedece a un patrón establecido y trata de convencer que el tiempo pasa igual para todos. Para crear esta ilusión se inventó la historia patria y su relato de supuestos hechos fundadores que permite cohesionar a los ciudadanos alrededor de la Nación. Por eso las fechas son tan importantes, crean la sensación de que el tiempo se mide de una sola manera, en la cronología del almanaque. Para unificar el tiempo en orden cronológico es absolutamente necesario seleccionar los hechos documentados, articularlos debidamente y darles un sentido que se adapte a los intereses del poder político que, junto con las fechas memorables y los emblemas -himno nacional, bandera, escudo, monumentos- conforman y modelan la identidad nacional del territorio. La identidad nacional debe ser homogénea y hegemónica, si no quiere destruirse a sí misma. La historia oficial es una ficción que se esmera en disimular contradicciones y borrar diferencias, porque el poder político no puede existir dentro de la variedad.

Pero un texto de historia oficial no sólo es víctima de toda clase de maquillajes y manipulaciones, sino que debe lanzarse hacia el futuro en una concatenación perfecta de causas y efectos, en una dimensión de tiempo absolutamente lineal. No cabe, aquí, la posibilidad del eterno retorno, ni del tiempo cíclico, ni del tiempo estático, ni del tiempo psicológico. Todo se sujeta al progreso. El progreso se desplaza sin titubeos con la firmeza y la rectitud de una flecha que apunta a un futuro utópico que puede ser de cualquier signo: demócrata, fascista, comunista, neoliberal. Lo importante es el paraíso que la humanidad alcanzará cuando la flecha llegue a su punto culminante. Dogmas y frases hechas como la historia no se repite, el tiempo no se devuelve, el progreso no se detiene, subrayan la noción del tiempo irreversible ¡Adelante, siempre adelante! No importa si la flecha de la historia en lugar de arriba, apunta hacia abajo y en lugar de la utopía se dirige a la destrucción. Cuando la Historia alcanza su gran meta, para arriba o para abajo, se suicida. Es el fin de la Historia.

La historia escrita por los historiadores oficiales tiene la misma estructura de una novela, cada parte está en función del todo que se pretende verdad. Su finalidad es demostrar que el pasado no pudo ocurrir de otra manera que como ocurrió. El pasado queda, pues, fuera de toda consideración moral. La malicia de la historia oficial reside en convencer de su inevitabilidad. Si las cosas que ocurrieron antes fueron de esa manera y no pudo ser de otra, el futuro, que es historia no ocurrida todavía, no es elegible, no hay opciones, la voluntad individual no cuenta, el colectivo humano es una

marioneta a merced de la poderosa corriente del tiempo. Ya sea que se trate de grandes líderes o de movimientos sociales, la historia se parece a una anciana tejiendo una bufanda interminable en la que cada punto cuelga del anterior, porque si se le va uno se deshace toda la urdimbre. Así, la historia se convierte en destino, en providencia divina. Nos niega toda posibilidad de libertad. Inexorable, determina la secuencia de acontecimientos de los cuales no podemos escapar.

Esta sumisión religiosa a la dimensión lineal del tiempo empuja el desarrollo tecnológico, justifica la violencia, desprecia el medio ambiente. En el mercado de las ideologías del progreso, la que más éxito de venta tiene es la que afirma que cada época histórica es superior a la anterior.

Pero las personas somos muy contradictorias. Corremos detrás del progreso llevando, a cuestas, la nostalgia por el pasado. Dice el salvadoreño Rafael Menjívar: “El futuro y el presente no están siendo, En cambio, lo que se evoca está siendo de nuevo”. Esta necesidad de evocación desata el deseo bifurcado de avanzar y retroceder al mismo tiempo. Y así, con un pie en el pasado, otro en el futuro y nada entremedio, se nos va la vida.

En esta fracción de tiempo que nos ha tocado vivir hemos visto derrumbarse todos los sueños de un final feliz de la historia. Las utopías colapsaron, una tras otra. La esperanza en un paraíso terrenal disminuye conforme aumenta el militarismo en la solución de los conflictos internacionales, conforme cambia el clima y se esteriliza la Tierra. La utopía ha dado paso a la entropía.

## LA NOVELA HISTORICA

La ficción literaria se apropia del tiempo, lo vuelve del revés y el derecho, lo amalgama, lo condensa, y lo dispara en todos los sentidos. El espacio de la narrativa es un lugar donde todo es posible, donde no existen más leyes que las que el autor se propone para legislar sobre el texto que llenará su página en blanco.

Cuando se trabaja sobre fuentes históricas, los propósitos de los autores literarios pueden ser múltiples. El sujeto que escribe lleva a cuestas su propia historia personal y esta define una posición que puede ser de acatamiento o de rebeldía frente a la historia olímpica, con sus dioses y sus mitos. Puede exaltar al vencido o exaltar al vencedor. Puede denunciar contradicciones y conflictos, servir a una causa, o usar un suceso histórico de pretexto para escudriñar en la miseria y la grandeza humana. En términos rigurosos, la novela histórica sólo podría darse si existiera la verdad histórica, lo que no me parece demostrable. Sólo se pueden confirmar los hechos y las circunstancias que condujeron a ese hecho, la complejidad de la vida no permite abarcar más.

La novela histórica es un palimpsesto, un texto escrito sobre un texto anterior, una ficción sobrepuesta a otra ficción. Lo único verdadero, aquí, es que el lector puede volver al pasado cuando quiera, con el solo gesto de abrir el libro, satisfaciendo así su nostalgia sin renunciar a su necesidad de futuro. El deseo bifurcado, avanzar y retroceder, se resuelve en las palabras escritas que tienen, además, rango perdurable: se pueden volver a leer. Este solo hecho resulta tranquilizador, apacigua la ansiedad generada por la precariedad del presente. Si la novela es contemporánea, el lector disfrutará del placer de compartir las mismas experiencias culturales del autor, el que ha

usado una computadora y no una pluma de ganso. Los lectores de novelas históricas cuentan con algunos conocimientos que lo ayudan a seguir la aventura que el autor propone. No esperan verdades, sólo quieren que el autor de vele la humildad de la grandeza. Ver, a los grandes personajes de los libros oficiales, editados por el Ministerio de Educación, caer del su pedestal, democratiza la historia. Siempre resulta consolador saber que todos estamos formados del mismo barro y que Simón Bolívar se peleaba con Manuela Sáenz.

Los niños traicionan las hipocresías pomposas de los historiadores cuando se burlan de los prohombres de la patria y cambian las letras de los himnos. Todos hemos pasado por esa deliciosa irreverencia. De Juan Santamaría dicen que se lanzó con la tea sobre los filibusteros porque otro soldado le metió un empujón. Los niños también se burlan de las frases famosas dichas en el fragor de la batalla. Tienen razón. Es imposible que la voz humana se escuche entre el ruido de los sables, el estampido de la pólvora y el relincho de los caballos.

## LAS AUTORAS

La biología ha sido bastante vapuleada por el feminismo que aparece después de la segunda guerra mundial. El temor de que la diferencia sea usada en contra de las mujeres, sentó las bases para el culturalismo de los años setentas. Hoy, nuevos descubrimientos de la ciencia señalan otras diferencias además de las anatómicas visibles. Esto hace que el viejo debate de si existe o no una literatura femenina se resuelve con un rotundo sí. La literatura escrita por mujeres es una ventana abierta hacia otro paisaje. Y tan es así, que hasta la oftalmología asegura diferencias de visión entre ojos masculinos y femeninos. Lo que el ojo ve invade todo el sistema nervioso del cerebro. Así que un cerebro que ve diferente, percibe un mundo diferente.

Pero las mujeres no tienen un modelo identitario. Se miran en un espejo donde hay una figura fija, la del patriarcado, que deben traspasar para poder encontrarse. Sólo conociendo bien esta figura pueden llegar a establecer la identidad propia. De lo contrario quedarán prisioneras de la figura que está en el espejo. La narrativa facilita esta búsqueda. La mirada de Margerite Yourcenar sobre Adriano es de una perspicacia y sutileza que difícilmente tendría un hombre sobre otro hombre. Son ojos de mujer entrenados para la psicología profunda del modo de ser masculino. Si Yourcenar consigue llevar a Adriano hasta el espacio universal de lo puramente humano es porque pasó cuarenta años averiguando su modo de ver el mundo y de estar en él. Esta es la gran preocupación del tema de las identidades y también del feminismo contemporáneo: partir de lo que nos diferencia para llegar a lo que nos semeja.

En el camino de encontrar una identidad femenina, Virginia Wolff busca a la señora Ramsay y a la señora Dalloway haciendo un rodeo por sus personajes masculinos. Y Brontë crea sus personajes femeninos no desde sino atravesando las pasiones de Heathcliff. Para estas autoras. Los personajes masculinos son un medio más que un fin. Esta singularidad de la literatura escrita por mujeres no es observada por la crítica porque sus métodos usan un instrumental que pretende ser indiferenciado. No advierten la otredad de la escritura femenina, de suyo difícil de lograr porque a las mujeres les cuesta mucho superar los símbolos patriarcales. Por su parte, la crítica literaria periodística suele parecerse a esas peluquerías de pueblo que dicen “unisex”. La mujer que entra ahí para arreglarse el pelo sale con cabeza de hombre. Pero algunas teorías,

como la deconstrucción y el dialogismo, rompen los dogmas y sirven de plataforma para desarrollar la crítica literaria feminista.

El esclavo debe conocer muy bien al amo si quiere aprender a manipularlo para protegerse y sobrevivir. En cambio, el amo no necesita conocer al esclavo, le basta con dominarlo. Esta tiranía ignorante es la razón por la cual los personajes femeninos de las novelas escritas por hombres son estereotipados, sus motivaciones suelen ser insuficientes o incomprensibles. El realismo mágico, sagaz y astuto, eludió la ignorancia amparado en que magia y realidad se confunden. Sin embargo, los Buendía machos son más reales y las Buendía hembras, más mágicas. Ningún miembro masculino de la familia se va por el aire agarrado de una sábana. Se van... pero a la guerra.

Para definir e identificar a las mujeres que aparecen en las novelas y cuentos escritos por mujeres, la crítica mexicana Consuelo Meza, en su libro, *La Utopía Feminista*, inventó la palabra *personaja* para singularizar a las que son escritas y descritas por autoras, como habitantes de un mismo universo que busca una identidad común. Si las identidades son relacionales y se encuentran en un proceso de construcción, esta requiere de reflejos mutuos, de un juego especular, pues no podemos vernos si no es contando con la mirada del otro. La identidad surge de esta tensión.

Cuando una escritora se encuentra con la documentación histórica, lo primero que hace es buscar un referente identitario. Se establece una especie de solidaridad en el tiempo y se reconoce en las otras precisamente porque el tiempo transcurrido la ayuda. El distanciamiento es un binocular que mejora la visión. Al volver sus ojos hacia el pasado, la escritora revierte el tiempo y vuelve a recorrer lo ya andado. Y en esta labor de hacer al tiempo reversible va reconstruyendo su historia individual y colectiva. Si llega a buen fin y termina honestamente y sin concesiones su proyecto, el lector varón podrá identificar a la otra mitad de la humanidad y con esto podrá identificarse a sí mismo. Si la literatura refleja a los seres humanos, entonces necesitamos un espejo con dos lunas. O con tantas lunas como diferencias sexuales, raciales, culturales y sociales existen.

En general, los autores de novelas históricas corrigen la visión lineal del tiempo. Pero las autoras hacen algo más, al transformar a sus personajas en testigos de los episodios históricos no solamente las vuelven protagónicas, también proponen, implícitamente, otra historia posible. Pensaba yo, al momento de escribir estas líneas, en Elena Poniatowska y su biografía de Tina Modotti. Es un momento particular de la historia de México y el estalinismo, que se mira desde la ventana de Tina, la que se vio arrastrada por sus amantes porque no le estaba permitido vivir la historia en forma autónoma. La pregunta implícita en esta novela biográfica es ¿qué rol histórico hubiera desempeñado Tina Modotti, libre de sus dependencias? Debajo de esta novela hay otra que el lector escribe cuando, sin advertirlo, va contestando la pregunta implícita.

Un estudio comparativo entre novelas históricas escritas por hombres y mujeres ayudaría a poner en evidencia las líneas de represión que han ido construyendo estructuras incompletas de conocimiento. Ayudaría a legitimar a ese otro ojo que propone otra historia, y sugiere la construcción de otra verdad. Esto no es lo mismo que hacer una relectura del pasado, no es un trabajo de restauración sino de creación, es otra historia.

Las mujeres tienen una manera cíclica de medir el tiempo, que pone en peligro la lógica lineal del progreso. Es una especie de espiral acostada que, si bien avanza, lo hace con un movimiento envolvente. La reproducción de la especie -menstruación, embarazo, parto y crianza- tiene lugar en un tiempo donde cada ciclo que termina abre otro nuevo. Son los ciclos de la naturaleza.

Si Robinson Crusoe hubiera sido mujer, 12 rayas en un árbol le bastarían para saber que transcurrió un año. El pobre tuvo que hacer 365. Además, la estrategia vital de Robinsona la haría adaptarse mejor a la isla, mejorando la dieta, fabricando vestidos con fibras vegetales, poniendo floreros en su choza y, mediante la contribución de Viernes, poblando la isla con preciosos mulatitos. Sin barcos a la vista, Robinsona hubiera hecho de la isla su hogar. Pero si al fin llega el barco y ella se escapa con un marinero holandés, esa sería su decisión libre y personal. No todas las mujeres son iguales.

La cualidad pragmática de crear condiciones para el bienestar cotidiano, basada en la seguridad que demanda la función reproductiva, es un valor cultural que el patriarcado envilece al transformar esta estrategia vital, el hogar, en un destino natural. Se relega a las mujeres al ámbito de lo doméstico y se las expulsa de la vida pública porque la cultura de las madres contiene un peligro temible para la cultura patriarcal: la ética del cuidado.

La ética del cuidado la disfrutamos en nuestros primeros años de vida y luego la abandonamos por la ética de la justicia. La justicia es bipolar, las cosas son buenas o malas, justas o injustas, correctas o incorrectas. Premio y castigo. La ética de la justicia es la columna vertebral del sistema patriarcal.

Partiendo de la ética del cuidado los hechos históricos pueden contarse invirtiendo la jerarquía del poder. En la novela *El Joven Persa*, de Mary Renault, no es Alejandro Magno el poderoso, sino un pobre esclavo enamorado que lo cuida de sus heridas y lo protege de sus enemigos. Sin los cuidados del esclavo no existiría el héroe porque es el sometido quien sostiene el sistema que lo somete. Cuando el débil se cansa de sostener al fuerte, entonces se acaba la justicia y comienza la fuerza bruta del opresor.

## **EL CASO COSTARRICENSE**

Costa Rica tiene una historia muy bonita. Los pocos indios que aquí había eran tan pacifistas y generosos que entregaron voluntariamente sus tierras a los colonizadores. Estos eran tan pobres que hasta el gobernador español cultivaba repollos para poder comer. En la época republicana los cafetaleros mantuvieron el minifundio para que todos pudieran disfrutar de la tierra. De tal manera que en el siglo veinte los costarricenses ya eran igualitarios y hermanitarios.

Es difícil escribir una novela sobre un pasado tan bucólico. Si lo único interesante en la historia del paraíso bíblico fue el episodio de la manzana de la discordia, en el paraíso costarricense no hay manzanas ni discordias. Si es cierto, como antes afirmé, que la novela histórica es un palimpsesto, ¿dónde está, en la historia de Costa Rica, ese hecho interesante que servirá de soporte al novelista? Los textos oficiales, tan edulcorados, ya son una novela bastante inverosímil. El escritor, entonces, no tiene más remedio que convertirse en paleógrafo, comprarse una buena lupa y pasar años leyendo papeles casi destruidos por las cucarachas y la desidia. Es en los archivos donde están los

testimonios que hablan de conflictos, de contradicciones, de crueldades, de abusos, de violencia, de luchas por el poder, de dominadores y dominados, de opresores y oprimidos. Una aventura fascinante espera al novelista. Verá la brecha enorme que separa al manuscrito del libro de historia. Entenderá de qué manera se manipularon las fuentes primarias para inventar una ficción que tenía un objetivo muy claro, muy evidente: aislar, a Costa Rica, del contexto centroamericano; crear un cordón sanitario psicológico fabricando una identidad histórica falsa.

Es un deber sagrado parecerse a la identidad nacional. Así, la autocensura actúa como una barrera contra la conciencia, dejando, al individuo y a la colectividad, completamente indefensos ante los desmanes del poder.

No es este el lugar ni tenemos el tiempo necesario para detallar la fundación de esta historia particular, me limitaré a señalar dos omisiones que me parecen reveladoras: el sistema esclavista colonial fue cuidadosamente borrado de los textos oficiales, así como las luchas de resistencia indígena. En Costa Rica no hubo indios ni esclavos.

Si nuestro mestizaje se forma a partir de la conquista y la colonia, basta modificar ese período para que toda la historia que sigue se modifique. Entonces, al negar a los indios, a los esclavos, a los campesinos sin tierra, y por cierto que también a las mujeres, se niega la existencia de opresores y oprimidos en el pasado y se niega también en la actualidad. Con el tiempo, los mitos costarricenses pasaron a ser consenso. Pero hoy, el cuarenta por ciento de abstencionismo, en las últimas elecciones, prueba que los costarricenses han dejado de creer en su democracia, en su paraíso y por lo tanto, en su historia. Esta es una situación muy peligrosa. En Costa Rica se ha producido un preocupante vacío de identidad.

La pregunta, si no somos así, ¿cómo somos? puede ser respondida con la novela sin violentar los sentimientos nacionalistas. La novela tiene la propiedad de deslizarse en la consciencia sin que el lector se sienta amenazado porque no puede distinguir dónde termina el documento y donde empieza la imaginación, pero acepta el “pudo haber sido así”. Este “pudo” modifica la fórmula histórica, puesto que si el gobernador español era un pillo, no es de extrañar que nuestros actuales gobernantes sean corruptos. Causa y efecto toman la dirección correcta, los mitos son reemplazados por la reflexión. Es por eso que ahora existe un gran interés por la novela histórica, tanto de parte de los autores como de los lectores. Hay una necesidad tremenda de volver atrás y construir otra historia para que una nueva memoria permita encontrar una nueva identidad. Además de las novelas históricas que ya se han publicado en Costa Rica, sé de otras cuatro que están en proceso. Hace poco me llamó una señora de apellidos muy aristocráticos para decirme que, en uno de mis libros, había descubierto una esclava negra en su tronco familiar, a la que le habían vendido los hijos. Esta señora me pidió consejos, quería escribir una novela sobre su pariente negra, le parecía terrible que su familia la hubiera borrado del árbol genealógico y, además, quería averiguar si esos niños vendidos eran también antepasados suyos. Esto me produjo una satisfacción mucho mayor de la que produce el éxito editorial. Mis libros ayudaban, a una persona, a recuperar su identidad perdida o a construirla de nuevo.

Sin embargo, la ficción literaria ayuda pero no modifica el rumbo de la historia. Los acontecimientos sociales son complejos y necesitan soluciones complejas. Una novela histórica sólo puede sugerir que si las cosas ocurrieron de otra manera el futuro también

puede ocurrir de otra manera. El tiempo deja de ser una flecha que apunta en una dirección inevitable y se transforma en un aliado de la voluntad humana.

Y aquí termino estas reflexiones que resumí y condensé para adaptarme al tiempo disponible. Gracias a ustedes por el tiempo que han gastado en escucharme. Espero que no se les haya hecho demasiado largo. A mí, que no pude decir todo lo que quería, se me pasó volando.